

## NOTAS SOBRE LA DESCRIPCIÓN TUCIDÍDEA DE LA PESTE DE ATENAS

JUAN J. TORRES ESBARRANCH

En el capítulo 47 del libro II, tras el discurso tenebroso de Pericles, empieza la famosa descripción de la peste de Atenas, celebrado texto de Tucídides, elogiado por su capacidad de observación clínica y psicológica. La naturaleza de la epidemia que se describe es un tema que ha suscitado una larga controversia, no resuelta definitivamente, en la que han intervenido médicos y filólogos clásicos intentando conciliar los conocimientos de la ciencia médica con una exacta interpretación del texto tucídideo. Se han sugerido numerosas identificaciones, y hoy día se considera muy problemático encajar la epidemia dentro del cuadro de una determinada enfermedad con sus características actuales. Lo que anima, sin embargo, a quien intenta una identificación es la confianza en Tucídides (aunque hay, desde luego, opiniones en sentido contrario: cf., por ejemplo, S.J. Radt, «Zu Thukydides' Pestbeschreibung» *Memmosyne*, s. 4, 31 [1978], 233-248).

Evidentemente, si una de las características esenciales del léxico tucídideo no fuera la precisión, cualquier investigación que tratara de esclarecer y definir la naturaleza de la enfermedad se encontraría de antemano condenada al fracaso. Pero este no es el caso. Sabido es que en este pasaje Tucídides se expresó generalmente con términos utilizados por la ciencia médica contemporánea. En su uso de la termino-

logía médica demostró que estaba familiarizado con los escritos hipocráticos tal como ya había evidenciado su concepción del método histórico, influenciado sin duda por métodos y preocupaciones hipocráticas como señaló **C.N. Cochrane** en su *Thucydides and the Science of History*, Oxford-Londres, 1929. Su descripción de la peste es esencialmente hipocrática. Una introducción general sobre sus orígenes, gravedad y aparición (II-47-48) conecta (II-49) con la *katastasis*, es decir, la presentación sucinta de las condiciones que se daban al estallar la epidemia. Narra luego escuetamente los hechos observados, da los síntomas sin otros comentarios, pero con la indicación de los días críticos, y concluye con las complicaciones que solían presentarse en el caso de superar la crisis. La preocupación básica es la *prognosis*, el conocimiento previo del desarrollo de la enfermedad de principio a fin con la finalidad de que este conocimiento anticipado resulte útil en caso de una nueva manifestación de la enfermedad, un objetivo similar al que inspira su *Historia*. El proceso de la enfermedad se consideraba irremediable, pero el conocimiento de su desarrollo permitía, por ejemplo, la mayor atención al enfermo en los días críticos con vistas a fortalecer su resistencia.

Este relato tucídideo, al ser básicamente hipocrático en su concepción y al presentar una terminología precisa, coincidente además en muchos casos con los usos médicos, resulta fiable y ofrece una base bastante sólida a los estudios sobre la naturaleza de la enfermedad. Los valores del léxico tucídideo, y entre ellos el de su precisión, han sido puestos de relieve repetidamente. Piénsese, por ejemplo, en la excelente tesis de **J. Ehlert**, *De verborum copia thucydidea*, Berlín 1910, en las observaciones de **J.H. Finley**, *Thucydides*, Cambridge, Mass., 1942, en las precisiones del artículo de **D.L. Page**, «Thucydides' description of the Great Plague at Athens», *The Classical Quarterly*, n.s. 3 (1953), 97-119 (sobre el que han expresado sus reservas algunos estudiosos como **A. Parry** en su «The Language of Thucydides' description of the Plague», *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London*, 16 [1969], 106-118, y **S. L. Radt**, art. cit.), en el estudio de **K. Weidauer**, *Thukydides und die hippokratischen schriften*, Heidelberg, 1954, y en el de **Ch. Lichtenthaeler**, *Thucydide et Hippocrate vus par un historien médecin*, Ginebra, 1965, que analiza las concordancias y discordancias entre la descripción de Tucídides y los libros III y I de las *Epidemias* y el *Promóstico*, etc. En general se reconoce la precisión léxica de Tucídides y su afinidad con los escritos médicos de su época. Constituyen una garantía observaciones como la de que la gran mayoría de los términos utilizados por Tucídides en los capítulos de la peste, y concretamente en el 49, son términos estándar o normales en los escritos hipocráticos (y no es óbice el que muchos de ellos sean también de uso general, dado el carácter no esotérico de aquellos escritos médicos), en los que aparecen con los mismos significados que en Tucídides, y la de que la mitad aproximadamente de los *hapax eucemena* del capítulo 49 aparecen en el breve *Promóstico* hipocrático. Estas y otras constataciones nos llevan a confiar en la descripción tucídidea en el momento de intentar compararla con enfermedades actuales y con modernas historias clínicas. Debemos tener presente, además, que, junto a su precisión léxica y a sus magníficas dotes como observador agudo y escritor cuidadoso, está el hecho de que el mismo sufrió la enfermedad en propia carne, en circunstancias que debió acentuar su propósito de dejar una descripción exacta, útil si la enfermedad sobreviene de nuevo.

A pesar de todo ello, la identificación no es sencilla como prueban los numerosos intentos y la abundante bibliografía al respecto. Por una parte se piensa que,

al intentar establecer una identificación, es muy importante ceñirse a los fenómenos y síntomas realmente observados por Tucídides, sin menospreciar ninguno y sin pensar tampoco en olvidos del historiador; dado el cuidado que preside todo el relato, hay que creer que los fenómenos que Tucídides pudo haber observado y no observó no ocurrieron realmente (cf. **D.L. Page**, art. cit., 111; en contra, sin embargo, **S.L. Radt**, art. cit., 241-242). Pero si ya así es difícil dar con una identificación exacta dada la diversa interpretación de algunos síntomas, el problema se complica cuando no se comparte el criterio anterior y se sostiene la teoría de que Tucídides acentuó la importancia de síntomas menores mientras que menospreciaba algún síntoma esencial. (cf. **R.J. Littman - M.L. Littman**, «The Athenian Plague, smallpox», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 100 (1969), 261-275). A ello se añade la constatación del hecho de que la sintomatología puede modificarse — en unas enfermedades más que en otras — al paso de los años. Es, pues, fácilmente explicable que diversos intentos de identificación se hayan ido sucediendo con mayor o menor fortuna. He aquí, en síntesis, algunas de estas identificaciones:

*viruela*: **R. Kobert**, «Ueber die Pest des Thukydides», *Janus* 4 (1899), 240 ss.; **B. von Hagen**, «Die sogenannte Pest des Thukydides» *Gymnasium*, 49 (1938) 120 ss., quien incluso llegó a examinar en Nápoles el busto de Tucídides en busca de las cicatrices de la viruela; **H. Zinsser**, *Rats, Lice and History*; Boston, 1963, págs. 119-127; **R.J. Littman - M.L. Littman**, art. cit., 261-275. Se suele descartar debido a la ausencia en la descripción tucidídea de síntomas y efectos importantes (como la característica piel picada que deja la viruela) y por la presencia, en cambio, de algunos síntomas que no se dan en esta enfermedad (amnesia, gangrena; cf. **D.L. Page**, art. cit., 113-114; en contra asimismo **Sir W. Mac Arthur**, «The Plague of Athens», *Bulletin of the History of Medicine*, 32 [1958] 1. 3, 245-246; cf., sin embargo, la defensa de **R.J. y M.L. Littman**, quienes se inclinan por identificar las manifestaciones cutáneas con las de la viruela, a pesar de que no se mencione su efecto más característico).

*sarampión*: tesis defendida por **J.E.D. Shrewsbury**, «The Plague of Athens», *Bulletin of the History of Medicine*, 24 (1950) 1-28, y por **D.L. Page**, en la segunda parte del artículo citado (págs. 110-119) y en su replica a Sir William P. Mac Arthur (**D.L. Page**, «The Plague: A lay comment on a medical note», *The Classical Quarterly*, 14 [1954], 174). Analizan la estrecha relación entre los síntomas descritos por Tucídides y descripciones modernas de epidemias de sarampión como la ocurrida en las islas Fidji en 1875. Se opuso a esta hipótesis **W.P. Mac Arthur** («The Athenian Plague: A Medical Note», *The Classical Quarterly*, n.º. 4 [1954] 171-174).

*tifus epidémico exantemático*: Cf. **R. Crawford**, *Plague and Pestilence in Literature and Art*, Oxford, 1914, págs. 23 ss.; **W.P. Mac Arthur**, art. cit., 1954; «Historical Notes on some Epidemic Diseases associated with Jaundice», *British Medical Bulletin*, 13 (1957) n.º. 2, 146-149; «The Plague of Athens», *Bulletin of the History of Medicine*, 32 (1958) 1. 3, 242-246; «The medical identification of Some Pestilencies of the Past», *Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene*, 53 (1959), 1. 6, 423-429; *Prof. I. Ferguson de Glasgow* (citada por **A. W. Gomme**, *A. Historical Commentary on Thucydides*, II, par. 180); **J. C. Snyder**, «Epidemic Typhus and Prill-Zinsser Disease», *Proceedings of the Sixth International Congresses on Tropical Medicine and Malaria* 5 (1958), 603; **I.W. Mitchell**, «The Athenian Plague: New Evidence inviting Medical Comment», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 5 (1964), 101-112. Las tres enfermedades hasta aquí mencionadas son, posible

logía médica demostró que estaba familiarizado con los escritos hipocráticos tal como ya había evidenciado su concepción del método histórico, influenciado sin duda por métodos y preocupaciones hipocráticas como señaló **C.N. Cochrane** en su *Thucydides and the Science of History*, Oxford-Londres, 1929. Su descripción de la peste es esencialmente hipocrática. Una introducción general sobre sus orígenes, gravedad y aparición (II 47-48) conecta (II 49) con la *katástasis*, es decir, la presentación sucinta de las condiciones que se daban al estallar la epidemia. Narra luego escuetamente los hechos observados, da los síntomas sin otros comentarios, pero con la indicación de los días críticos, y concluye con las complicaciones que solían presentarse en el caso de superar la crisis. La preocupación básica es la *prognosis*, el conocimiento previo del desarrollo de la enfermedad de principio a fin con la finalidad de que este conocimiento anticipado resulte útil en caso de una nueva manifestación de la enfermedad, un objetivo similar al que inspira su *Historia*. El proceso de la enfermedad se consideraba irremediable, pero el conocimiento de su desarrollo permitía, por ejemplo, la mayor atención al enfermo en los días críticos con vistas a fortalecer su resistencia.

Este relato tucidideo, al ser básicamente hipocrático en su concepción y al presentar una terminología precisa, coincidente además en muchos casos con los usos médicos, resulta fiable y ofrece una base bastante sólida a los estudios sobre la naturaleza de la enfermedad. Los valores del léxico tucidideo, y entre ellos el de su precisión, han sido puestos de relieve repetidamente. Piénsese, por ejemplo, en la excelente tesis de **J. Ehlert**, *De verborum copia thucydidea*, Berlín 1910, en las observaciones de **J.H. Finley**, *Thucydides*, Cambridge, Mass., 1942, en las precisiones del artículo de **D.L. Page**, «Thucydides' description of the Great Plague at Athens», *The Classical Quarterly*, n.s. 3 (1953), 97-119 (sobre el que han expresado sus reservas algunos estudiosos como **A. Parry** en su «The Language of Thucydides' description of the Plague», *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London*, 16 [1969], 106-118, y **S. L. Radt**, art. cit.), en el estudio de **K. Weidauer**, *Thukydides und die hippokratischen schriften*, Heidelberg, 1954, y en el de **Ch. Lichtenthaeler**, *Thucydide et Hippocrate vus par un historien médecin*, Ginebra, 1965, que analiza las concordancias y discordancias entre la descripción de Tucídides y los libros III y I de las *Epidemias* y el *Pronostico*, etc. En general se reconoce la precisión léxica de Tucídides y su afinidad con los escritos médicos de su época. Constituyen una garantía observaciones como la de que la gran mayoría de los términos utilizados por Tucídides en los capítulos de la peste, y concretamente en el 49, son términos estándar o normales en los escritos hipocráticos (y no es óbice el que muchos de ellos sean también de uso general, dado el carácter no esotérico de aquellos escritos médicos), en los que aparecen con los mismos significados que en Tucídides, y la de que la mitad aproximadamente de los *hapax euzemena* del capítulo 49 aparecen en el breve *Pronostico* hipocrático. Estas y otras constataciones nos llevan a confiar en la descripción tucididea en el momento de intentar compararla con enfermedades actuales y con modernas historias clínicas. Debemos tener presente, además, que, junto a su precisión léxica y a sus magníficas dotes como observador agudo y escritor cuidadoso, está el hecho de que el mismo sufrió la enfermedad en propia carne, circunstancia que debió acentuar su propósito de dejar una descripción exacta, útil si la enfermedad sobreviene de nuevo.

A pesar de todo ello, la identificación no es sencilla como prueban los numerosos intentos y la abundante bibliografía al respecto. Por una parte se piensa que,

al intentar establecer una identificación, es muy importante ceñirse a los fenómenos y síntomas realmente observados por Tucídides, sin menospreciar ninguno y sin pensar tampoco en olvidos del historiador; dado el cuidado que preside todo el relato, hay que creer que los fenómenos que Tucídides pudo haber observado y no observó no ocurrieron realmente (cf. **D.L. Page**, art. cit., III; en contra, sin embargo, **S.L. Radt**, art. cit., 241 - 242). Pero si ya así es difícil dar con una identificación exacta dada la diversa interpretación de algunos síntomas, el problema se complica cuando no se comparte el criterio anterior y se sostiene la teoría de que Tucídides acentuó la importancia de síntomas menores mientras que menospreciaba algún síntoma esencial. (cf. **R.J. Littman - M.L. Littman**, «The Athenian Plague: smallpox», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 100 (1969), 261 - 275). A ello se añade la constatación del hecho de que la sintomatología puede modificarse — en unas enfermedades más que en otras — al paso de los años. Es, pues, fácilmente explicable que diversos intentos de identificación se hayan ido sucediendo con mayor o menor fortuna. He aquí, en síntesis, algunas de estas identificaciones:

*viruela*: **R. Kobert**, «Ueber die Pest des Thukydides», *Janus* 4 (1899), 240 ss.; **B. von Hagen**, «Die sogenannte Pest des Thukydides» *Gymnasium*, 49 (1938) 120 ss., quien incluso llevó a examinar en Nápoles el busto de Tucídides en busca de las cicatrices de la viruela; **H. Zinsser**, *Rats, Lice and History*, Boston, 1963, págs. 119-127; **R.J. Littman - M.L. Littman**, art. cit., 261 - 275. Se suele descartar debido a la ausencia en la descripción tucididea de síntomas y efectos importantes (como la característica piel picada que deja la viruela) y por la presencia, en cambio, de algunos síntomas que no se dan en esta enfermedad (amnesia, gangrena; cf. **D.L. Page**, art. cit., 113-114; en contra asimismo Sir **W. Mac Arthur**, «The Plague of Athens», *Bulletin of the History of Medicine*, 32 [1958] I, 3, 248-246; cf., sin embargo, la defensa de **R.J. y M.L. Littman**, quienes se inclinan por identificar las manifestaciones cutáneas con las de la viruela, a pesar de que no se mencione su efecto más característico).

*sarampión*: tesis defendida por **J.F.D. Shrewsbury**, «The Plague of Athens», *Bulletin of the History of Medicine*, 24 (1950) 125, y por **D.L. Page**, en la segunda parte del artículo citado (págs. 110-119) y en su replica a Sir William P. Mac Arthur (**D.L. Page**, «The Plague: A lay comment on a medical note», *The Classical Quarterly*, 14 [1954], 174). Analizan la estrecha relación entre los síntomas descritos por Tucídides y descripciones modernas de epidemias de sarampión como la ocurrida en las islas Fidji en 1875. Se opuso a esta hipótesis **W.P. Mac Arthur** («The Athenian Plague: A Medical Note», *The Classical Quarterly*, n.s. 4 [1954] 171 - 174).

*tifus epidémico exantemático*: Cf. **R. Crawford**, *Plague and Pestilence in Literature and Art*, Oxford, 1934, págs. 23 ss.; **W.P. Mac Arthur**, art. cit., 1954. «Historical Notes on some Epidemic Diseases associated with Leudices», *British Medical Bulletin*, 13 (1957) n.º. 2, 146 - 149; «The Plague of Athens», *Bulletin of the History of Medicine*, 32 (1958) I, 3, 242-246; «The medical identification of some Pestilencies of the Past», *Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene*, 53 (1959), 6, 423-429; *Prof. I. Ferguson de Glasgow* (carta citada por **A. W. Comme**, *A Historical Commentary on Thucydides*, II, pag. 180), **J. C. Snyder**, «Epidemic Typhus and Prill Zinsser Disease», *Proceedings of the Sixth International Congresses on Tropical Medicine and Malaria* 8 (1958), 603; **I.W. Mitchel**, «The Athenian Plague: New Evidence inviting Medical Comment», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 5 (1964), 101-112. Las tres enfermedades hasta aquí mencionadas son, posible-

mente, las que presentan una sintomatología más aproximada a la descripción tucídidea, y el tifus, a pesar de algunas objeciones, probablemente es la hipótesis más fundada (cf. **A.W. Gomme**, *ob. cit.*, II, 1956, págs. 150-153; **J. Scarborough**, «Thucydides, Greek medicine and the plague at Athens. A summary of possibilities», *Episteme*, 4 (1970), 77-90). Para algunos la epidemia habría sido más compleja; según **B. von Hagen** (cf. art. cit.), por ejemplo, el tifus exantemático habría podido coincidir con una epidemia de viruela; para **W.H. Holmes**, **Bacillary and Rickettsial Infections**, Nueva York, 1940, se trataría de una combinación de tifus y fiebre tifoidea; **R.H. Major**, **War and Disease**, Londres, 1942, piensa en una combinación de tifus y peste bubónica.

*peste bubónica*: Cf. **J.A.F. Ozanam**, *Histoire médicale générale et particulière des Maladies épidémiques, contagieuses et épizootiques*, Paris, 1835, 2.<sup>a</sup> ed., IV, 6 ss.; **E.W. Williams**, «The Sickness at Athens», *Greece and Rome*, 26 (1957), 98-103; **E.M. Hooker**, «Buboes in Thucydides?», *Journal of Hellenic Studies* 78 (1958), 78-83. Esta posibilidad es descartada sobre todo por la ausencia de bubones en la descripción, y se supiere a este respecto la comparación con la descripción de Procopio de la epidemia de Constantinopla del año 542. **E.W. Williams**, sin embargo, ha intentado resucitar esta antigua hipótesis basándose principalmente en el hecho de que algunos animales también contraían la enfermedad, y **E.M. Hooker** ha querido solucionar el problema de la ausencia de bubones en la descripción identificándolos con las *elke*, las úlceras, de II 49, 5.

*ergotismo*: defendido últimamente por **P. Salway - W. Dell**, «Plague at Athens», *Greece and Rome*, 24 (1955), 62-70. La principal objeción contra esta posibilidad es que el ergotismo no es infeccioso mientras que la enfermedad descrita por Tucídides lo es (cf. II 47, 4; 51, 5; 58, 2), pero hay además otros importantes argumentos en contra (cf. **J.H. Finley**, *ob. cit.*, págs. 158-159; **E.W. Williams**, art. cit., 99-103).

*gripe*: Cf. **A.D. Langmuir**, - **M.D. Th. D. Worthen**, **Ph. D.** - **Jon Solomon**, **Ph. D.** - **C.G. Ray**, **M.D.** - **E. Petersen**, **M.D.**, «The Thucydides Syndrome. A New Hypothesis for the Cause of the Plague of Athens», *New England Journal of Medicine*, 313 (1985), 1027-1030, quienes, últimamente, han defendido la hipótesis de una gripe pandémica, causante del síndrome descrito por Tucídides.

También se han rechazado hipótesis como la de la *fiebre tifoidea* (**G. Grote**, *History of Greece*, V, pág. 78, la consideraba una «eruptive typhoid fever»), cuyos síntomas encajan en parte con la descripción de Tucídides, pero que presenta asimismo diferencias considerables (cf. **D.J. Page**, art. cit., 115-116), y la de *escarlatina* (*scarlatina maligna*), posibilidad que encontro su valedor en su **Clifford Allbutt** (*Greek Medicine in Rome*, 1921, págs. 340 ss.), pero que ya había sido absolutamente rechazada por **H. Brandeis** (*Die Krankheit zu Athen nach Thucydides*, Stuttgart, 1845, pág. 24).

Recientemente asimismo, **J.A.H. Wylie-H.W. Stubbs** («The Plague of Athens 430-428 B.C.: Epidemic and Epizootic», *The Classical Quarterly*, n.s. 33 [1983] 6-11), sosteniendo la tesis de que la enfermedad de Atenas era epizootica tanto como epidémica, han pensado en algunas enfermedades epidémicas y epizooticas conocidas hoy día y que pudieran conectarse con la peste de Atenas. Tras descartar enfermedades como la *rabia*, el *antrax* y la *fiebre de Malta* (hipótesis ésta atractiva por su carácter típicamente mediterráneo, pero cuyas características se relacionan difícilmente con la epidemia ateniense), han estudiado dos posibilidades: la *leptospirosis* y la *tu*

*laemia*. Anteriormente ya se había tenido en cuenta la posibilidad de que fuera *mitis*, una infección pulmonar que ataca a los equinos y que puede afectar a los hombres (cf. **C.H. Eby** y **H.D. Exjen**, «The Plague of Athens: A New Out in Muddied waters», *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*, 17 [1962] 258-263), hipótesis rechazada por **J.C.F. Poole** y **A.J. Holladay**, «Thucydides and the Plague: A footnote», *The Classical Quarterly*, n.s. 32 [1982] 235-236). En cuanto a la *leptospirosis* (de la que **J.A.H. Wylie** es un renombrado especialista; cf. **J.A.H. Wylie**, «Relative importance of the renal and hepatic lesions in experimental leptospirosis (icterohaemorrhagica)», *Journal Path. Bact.* 58 [1946] 351-365), la ausencia en la descripción de Tucídides de algunas características de esta enfermedad como la ictericia le resta posibilidades, mientras que la sintomatología de la *tularemia* en alguna de sus formas parece más cercana al cuadro presentado por Tucídides (cf. **J.A.H. Wylie**, **H.W. Stubbs**, art. cit., 8-9). Critican esta hipótesis **A.J. Holladay** y **J.C.F. Poole** en «Thucydides and the Plague: a further footnote», *The Classical Quarterly*, n.s. 34 (1984) 483-485, insistiendo en el problema que supone la ictericia de la *leptospirosis* y en que las aves (salvo la gallina experimentalmente) no parecen afectadas, y señalando, además, la falta de acuerdo con el texto tucídideo respecto a la transmisión de la enfermedad. En relación con la *tularemia* en su forma moderna, igual que ocurría con el sarampión, no coinciden los niveles de mortalidad ni hay coincidencia tampoco respecto a su actividad y transmisión: el perro es prácticamente inmune (en contra de Tucídides II 50, 2) y la transmisión de persona a persona es rara. En definitiva, tras la larga serie de tentativas para identificar la peste de Atenas con una enfermedad actual, vista la dificultad que entraña tal empresa y dado que muchas enfermedades infecciosas tienden, a lo largo de años y siglos, a cambiar de forma significativa sus manifestaciones clínicas y su virulencia (cf. **J.H. Finley**, *ob. cit.*, par. 158), se han ido abriendo paso conclusiones como las expuestas por **A.J. Holladay** y **J.C.F. Poole** en su artículo de 1979 «Thucydides and the Plague of Athens», *The Classical Quarterly*, n.s. 29 (1979), 282-300 y confirmadas en sus notas posteriores. Así, a la luz de la moderna medicina, de cuatro posibilidades a considerar (1.<sup>o</sup> la epidemia era una enfermedad, o una combinación de enfermedades, en una forma todavía existente; 2.<sup>o</sup> una enfermedad que existe en algún lugar o lugares desconocidos por la ciencia médica; posibilidad descartada; 3.<sup>o</sup> una enfermedad ya extinguida; y 4.<sup>o</sup> una enfermedad causada por un agente que en nuestros días provoca un síndrome sensiblemente diferente), la tercera y, sobre todo, la cuarta parecen las más plausibles, aunque no se puede descartar la primera. Difícilmente se puede contestar a la pregunta «¿Que enfermedad era la peste de Atenas?» si se piensa hacerlo exactamente con el nombre de una de las enfermedades de hoy día con todas sus características. Lo que podemos hacer es aproximarnos a un cuadro clínico semejante, provocado tal vez por el mismo agente o por un agente similar. Por otra parte, la constatación del hecho de que la enfermedad afectara no solo al hombre sino también a otros animales (cf. II 50) es importante para la definición de la peste y parece restar posibilidades a las hipótesis relativas a enfermedades exclusivas del hombre o que no estuvieran, al menos, relacionadas con animales o combinadas de alguna forma con una enfermedad epizootica. El moderno equivalente de la epidemia de Atenas debe hallarse probablemente entre enfermedades conocidas cuyo campo de acción no se limite al hombre. Y es posible que se trate de un cuadro tífico en concurrencia con alguna manifestación epizootica.

## TUCÍDIDES, II 47-54: LA PESTE DE ATENAS

*Comienza el segundo año de la guerra del Peloponeso y se declara la epidemia de Atenas. Esta es la descripción de Tucídides:*

Así se celebraron los funerales en este invierno, transcurrido el cual terminó el primer año de esta guerra. Y tan pronto como comenzó el verano, los peloponesios y sus aliados, con dos tercios de sus fuerzas, invadieron, como la primera vez, el Ática; los mandaba Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, rey de los lacedemonios. Y después de tomar posiciones procedieron a devastar el territorio. No hacía aún muchos días que estaban en el Ática cuando comenzó a declararse por primera vez entre los atenienses la epidemia, que, según se dice, ya había hecho su aparición anteriormente en muchos sitios, concretamente por la parte de Lemnos y en otros lugares, aunque no se recordaba que se hubiera producido en ningún sitio una peste tan terrible y una tal pérdida de vidas humanas. Nada podían hacer los médicos por su desconocimiento de la enfermedad que trataban por primera vez; al contrario, ellos mismos eran los principales afectados por cuanto que eran los que más se acercaban a los enfermos; tampoco servía de nada ninguna otra ciencia humana. Elevaron así mismo súplicas en los templos, consultaron a los oráculos y recurrieron a otras prácticas semejantes; todo resultó inútil, y acabaron por renunciar a estos recursos vencidos por el mal.

Apareció por primera vez, según se dice, en Etiopía, la región situada más allá de Egipto, y luego descendió hacia Egipto y Libia y a la mayor parte del territorio del Rey. En la ciudad de Atenas se presentó de repente, y atacó primeramente a la población del Pireo, por lo que circuló el rumor entre sus habitantes de que los peloponesios habían echado veneno en los pozos, dado que todavía no había fuentes en la localidad. Luego llegó a la ciudad alta, y entonces la mortandad ya fue mucho mayor. Sobre esta epidemia cada persona, tanto si es médico como si es profano, podrá exponer, sin duda, cual fue, en su opinión, su origen probable así como las causas de tan gran cambio que, a su entender, tuvieron fuerza suficiente para provocar aquel proceso. Yo, por mi parte, describiré cómo se presentaba; y los síntomas con cuya observación, en el caso de que un día sobreviviera de nuevo, se estaría en las mejores condiciones para no errar en el diagnóstico, al saber algo de autemano, también voy a mostrarlos, porque yo mismo padecí la enfermedad y vi personalmente a otros que la sufrían.

Aquel año, como todo el mundo reconocía, se había visto particularmente libre de enfermedades en lo que a otras dolencias se refiere; pero si alguien había contraído ya alguna, en todos los casos fue a para a ésta. En los demás casos, sin embargo, sin ningún motivo que lo explicase, en plena salud y de repente, se iniciaba con una intensa sensación de calor en la cabeza y con un enrojecimiento e inflamación en los ojos; por dentro, la faringe y la lengua quedaban en seguida infectadas y la respiración se volvía irregular y despedía un aliento fetido. Después de estos síntomas se brevemente estornudos y ronquera, y en poco tiempo el mal bajaba al pecho acompañado de una tos violenta; y cuando se tenía en secreciones de bilis que ha sido detalladas por los médicos, y venían con un malestar terrible.



A la mayor parte de los enfermos les vinieron también arcadas sin vomito que les provocaban violentos espasmos, en unos casos luego que remitían los síntomas precedentes y en otros mucho después. Por fuera el cuerpo no resultaba excesivamente caliente al tacto, ni tampoco estaba amarillento, sino rojizo, cálido y con un exantema de pequeñas ampollas y de úlceras; pero por dentro quemaba de tal modo que los enfermos no podían soportar el contacto de vestidos y lienzos muy ligeros ni estar de otra manera que desnudos, y se habrían lanzado al agua fría con el mayor placer. Y esto fue lo que en realidad hicieron, arrojándose a los pozos, muchos de los enfermos que estaban sin vigilancia, presos de una sed insaciable; pero beber más o beber menos daba lo mismo. Por otra parte, la imposibilidad de descansar y el insomnio los agobriaban continuamente. El cuerpo, durante todo el tiempo en que la enfermedad estaba en plena actividad, no que daba agotado, sino que resistía inesperadamente el sufrimiento; así, o perecían, como era el caso de la mayoría, a los nueve o a los siete días, consumidos por el calor interior, quedándoles todavía algo de fuerza, o, si conseguían superar esta crisis, la enfermedad seguía su descenso hasta el vientre donde se producía una fuerte ulceración a la vez que sobrevinía una diarrea sin mezcla, y, por lo común, se perecía a continuación a causa de la debilidad que aquella provocaba. El mal, después de haberse instalado primero en la cabeza, comenzando por arriba recorría todo el cuerpo, y si uno sobrevivía a sus acometidas más duras, el ataque a las extremidades era la señal que dejaba; afectaba, en efecto, a los órganos genitales y a los extremos de las manos y de los pies; y muchos se salvaban con la pérdida de estas partes, y algunos incluso perdiendo los ojos. Otros, en fin, en el momento de restablecerse, fueron víctimas de una amnesia total y no sabían quiénes eran ellos mismos ni reconocían a sus allegados.

La naturaleza de esta enfermedad fue tal que escapa sin duda a cualquier descripción; atacó a cada persona con más violencia de la que puede soportar la naturaleza humana, pero sobre todo demostró que era un mal diferente a las afecciones ordinarias en el siguiente detalle: las aves y los cuadrúpedos que comen carne humana, a pesar de haber muchos cadáveres insepultos, o no se acercaban, o si los probaban perecían. Y he aquí la prueba: la desaparición de este tipo de aves fue notoria, y no se las veía ni junto a ningún cadáver ni en ningún otro sitio; los perros, en cambio, por el hecho de vivir con el hombre, hacían más fácil la observación de los efectos.

Tal era, pues, en general el carácter de la enfermedad, dejando a un lado otros muchos aspectos extraordinarios, dado que cada caso presentaba alguna particularidad que lo diferenciaba de otros. Y durante aquel tiempo ninguna de las enfermedades corrientes hacía sentir sus efectos, y si sobrevinía alguna, acababa en aquella. Unos morían por falta de cuidados y otros a pesar de estar perfectamente atendidos. No se halló ni un solo remedio, por decirlo así, que se pudiera aplicar con seguridad de eficacia, pues lo que iba bien a uno a otro le resultaba perjudicial. Ninguna constitución, fuera fuerte o débil, se mostró por sí misma con bastante fuerza frente al mal; este se llevaba a todos, incluso a quienes eran tratados con todo tipo de dietas. Pero lo más terrible de toda la enfermedad era el desánimo que se apoderaba de uno cuando se daba cuenta de que había contraído el mal

(porque entregando al punto su espíritu a la desesperación, se abandonaban por completo sin intentar resistir), y también el hecho de que provocaba mayor mortandad. Porque sí, por miedo, no querían visitarse los unos a los otros, morían abandonados, y muchas casas quedaban vacías por falta de alguien dispuesto a prestar sus cuidados; pero si se visitaban, perecían, sobre todo quienes de algún modo hacían gala de generosidad, pues, movidos por su sentido del honor no tenían ningún cuidado de sí mismos entrando en casa de sus amigos cuando, al final, a los mismos familiares, vencidos por la magnitud del mal, ya no les quedaban fuerzas ni para llorar a los que se iban. No obstante, eran los que ya habían salido de la enfermedad quienes más se compadecían de los moribundos y de los que luchaban con el mal por conocerlo por propia experiencia y hallarse ya ellos en seguridad; la enfermedad, en efecto, no atacaba por segunda vez a la misma persona, al menos hasta el punto de resultar mortal. Así, recibían el parabién de los demás, y ellos mismos debido a su extraordinaria alegría del momento abrigaban para el futuro la vana esperanza de que ya ninguna enfermedad podría acabar con ellos.

En medio de sus penalidades les supuso un mayor apogio la aplomera ción ocasionada por el traslado a la ciudad de las gentes del campo, y quienes más lo padecieron fueron los refugiados. En efecto, como no había casas disponibles y habitaban en barracas sofocantes debido a la época del año, la mortandad se producía en una situación de completo desorden; cuerpos de moribundos yacían unos sobre otros, y personas medio muertas se arrastraban por las calles y alrededor de todas las fuentes movidos por su deseo de agua. Los templos en los que se habían instalado estaban llenos de cadáveres, pues morían allí mismo; y es que ante la extrema violencia del mal, los hombres, sin saber lo que sería de ellos, se dieron al menosprecio tanto de lo divino como de lo humano. Todas las costumbres que antes observaban en los entierros fueron trastornadas y cada uno enterraba como podía. Muchos recurrieron a sepelios indecorosos debido a la falta de medios, por haber temido ya muchas muertes en su familia; en piras ajenas, anticipándose a los que las habían apilado, había quienes ponían su muerto y prendían fuego; otros, mientras otro cadáver ya estaba ardiendo, echaban encima el que ellos llevaban y se iban.

También en otros aspectos la epidemia acarrió a la ciudad una mayor inmoralidad. La gente se atrevía más fácilmente a acciones con las que antes se complacía ocultar, puesto que veían el rápido giro de los cambios de fortuna de quienes eran ricos y morían súbitamente, y de quienes antes no poseían nada y de repente se hacían con los bienes de aquellos. Así aspiraban al provecho pronto y placentero, pensando que sus vidas y sus riquezas eran igualmente efímeras. Y nadie estaba dispuesto a sufrir penalidades por un fin considerado noble, puesto que no temía la seguridad de no perecer antes de alcanzarlo. Lo que resultaba agradable de inmediato y lo que de cualquier modo contribuía a ello, esto fue lo que pasó a ser noble y útil. Ningun temor de los dioses ni ley humana los detenía; de una parte juzgaban que daba lo mismo honrar o no honrar a los dioses, dado que veían que todo el mundo moría igualmente, y, en cuanto a sus culpas, nadie esperaba vivir hasta el momento de celebrarse el juicio y recibir su merecido;

pendia sobre sus cabezas una condena mucho más grave que ya habían sido promercedada, y antes de que les cayera encima era natural que disfrutaran un poco de la vida.

Tal era el arrobio de la desgracia en que se veían sumidos los atenienses, la población moría dentro de las murallas y el país era devastado fuera. Y en medio de su infortunio, como era natural, se acordaron particularmente de este verso, que los más viejos afirmaban haber oído recitar hacía tiempo:

«Venida una guerra dorra y con ella una peste»

Por cierto que surgió una discusión entre la gente respecto a que la palabra usada por los antiguos en el verso no era «peste», sino «hambre»; pero en aquellas circunstancias venicio, naturalmente, la opinión de que se había dicho «peste»; la gente, en efecto, acomodaba su memoria al azote que padecía. Y sospecho que si después de esta un día estalla otra guerra dorra y sobreviene el hambre, recitarán el verso con toda probabilidad en este sentido. También acudió a la memoria de quienes lo conocían el oráculo lo dado a los lazedemonios cuando habían preguntado al dios si debían emprender la guerra y este les había respondido que, si hacían la guerra con todas sus fuerzas, la victoria sería suya, y les había prometido que el mismo les prestaría su ayuda. Suponían, pues, que los hechos se desarrollaban conforme al oráculo: la epidemia, en efecto, se había declarado así que los peloponesios habían efectuado la invasión; y no se extendió al Peloponeso, al menos de forma que valía la pena mencionarla, sino que se fue cebando sobre todo en Atenas y luego en las localidades más pobladas de otras regiones. Estos son los hechos relativos a la epidemia.

(Traducción de F. Torres Esbaranch)

